

ORACIONES PARA REZAR

EL

SANTO ROSARIO

DE

MARIA SANTISIMA



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
48285



163

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO
LIBRERIA RELIGIOSA.—M. TRIGUEROS.
Esquina de la Concepcion.

1895

274

BX2163

07

c.1

48285

01 274



1080023358



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Secretaría del Arzobispado de México.

El Ilmo. Sr. Arzobispo se ha servido conceder su superior licencia para que se impriman y publiquen las ORACIONES PARA REZAR EL SANTO ROSARIO DE MARIA SANTÍSIMA presentadas por V., y concede S. S. Ilma. ochenta días de indulgencias á los que, con las disposiciones debidas, reciten cada consideración.

Protesto á V. mi aprecio.

Dios guarde á V. muchos años. México, Agosto 13 de 1895.

Jesús Ochoa.

Notario Eclesiástico.

Al Sr. D. Manuel Arteaga.

Presente.

BX 2123

07



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MODO DE REZAR

EL

SANTÍSIMO ROSARIO



Por la señal de la Santa Cruz, + de nuestros enemigos, + libranos, Señor, Dios nuestro + En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. + Amen.

ACTO DE CONTRICION.

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido: propongo firmemente nunca más pecar y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta: ofrezco mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis

012274

pecados, y así como os lo suplico, así confío en vuestra bondad y misericordia infinita que me los perdonaréis por los merecimientos de vuestra preciosísima sangre, pasión y muerte, y me daréis gracia para enmendarme y para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén, Jesús, María y José.

Abrid, Señor, nuestros labios para alabar y bendecir vuestro santísimo nombre y el de vuestra Purísima Madre María Santísima, limpiad también nuestros corazones de todos los vanos é impuros pensamientos, ilustrad nuestro entendimiento, inflamad nuestra voluntad, para que atenta y devotamente recemos vuestro santísimo Rosario y merezcamos ser oídos ante el acatamiento de vuestra Divina Majestad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

MISTERIOS GOZOSOS PARA LUNES Y JUEVES.

PRIMER MISTERIO GOZOSO.

La Anunciación del Angel y Encarnación del Verbo Divino en las entrañas virginales de María Santísima.

Fruto de este Misterio: *La humildad.*

Envío Dios al Arcángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una Virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María.

Un Dios va á descender de los cielos hasta el seno de una Virgen y á revestirse de la bajeza de nuestra carne mortal: tal es el misterio que el Arcángel San Gabriel anunció á María. Misterio inefable é incomprensible que había sido la expectación de más de cuarenta siglos y que estaba preparado desde toda la eternidad.

Y habiendo entrado el Arcángel donde estaba la Santísima Virgen, dijo: *Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo.*

Al oír tales palabras, la Virgen se turbó, y se puso á considerar qué significaría esa salutación. Mas el Arcángel le dijo: ¡Oh María, no temas, porque has hallado gracia ante los ojos de Dios! Sábetete que has de concebir en tu seno, y darás á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Entonces María repuso al Arcángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues no conozco varón? El Arcángel, en respuesta, le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya razón el fruto santo que de ti ha de nacer, será llamado Hijo de Dios, porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.*

¿Y cuál es la actitud de María ante el respeto y ante las promesas del Arcángel? Parece que su primer movimiento, al verse llena por Dios de

tantas gracias, debiera ser la explosión de una alegría y reconocimiento lleno de entusiasmo; pero no, la alegría se oculta y la gratitud vendrá á su tiempo, más viva é intensa, porque habrá sido preparada por una profunda y sincera humildad. Antes de cantar un himno de alegría y de acción de gracias, imita espontáneamente el anonadamiento de *Aquel* que viene á ella. María se turba y se cree indigna del honor que se le tributa y de la gloria que se le anuncia; piensa que nadie está verdaderamente lleno de gracia, sino *Aquel* que es el origen de todas ellas, y persuadida de que ella será la Madre de Dios, se proclama desde entonces para siempre la humilde esclava del Señor. ¡Oh María, Virgen humildísima, tened piedad de vuestros pobres hijos! Inspiradles el desprecio de las alabanzas y lisonjas y el horror á toda vana complacencia, y aun cuando estuvieran llenos de los mejores dones de la naturaleza

y de la gracia, haced que se consideren siempre como los más humildes esclavos del Señor.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

AL SEGUNDO MISTERIO GOZOSO.

La Visitación de la Santísima Virgen María á su prima Santa Isabel.

Fruto de este misterio: *La caridad para con el prójimo.*

Admiremos la caritativa presteza de María en ir á visitar á su prima Santa Isabel. Se levanta y marcha con toda prontitud á través de las escabrosidades de un país montañoso. No teme ni las dificultades ni las fatigas del viaje, porque es portadora de la gracia de Dios, y la gracia es un don tan grande, que debe uno estar dispuesto á todos los sacrificios para llevarla á aquellos á quienes está destinada.

Partió María y se fué apresuradamente á las montañas de Judea, á una ciudad de la tribu de Judá, y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Isabel. Lo mismo fué oír Isabel la salutación de María, que el niño Juan dió saltos de gozo en su vien-

tre, é Isabel se sintió llena del Espíritu Santo, y exclamando en alta voz, dijo: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.*

¿De dónde á mi tanto bien, que venga la Madre de mi Señor á visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo el niño en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que has creído! Porque se cumplirán en tí las cosas que se te han dicho de parte del Señor.

La respuesta que dió María á estas palabras, fué una nueva explosión de su humildad en aquel magnífico cántico de acción de gracias, que la Iglesia repite todos los días en el Oficio divino: *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios y Salvador mio.* Aquí la Madre de Dios se oculta y toma delante del Señor la humilde actitud de una esclava. Sus palabras son para ensalzar las glorias de Dios, su bon-

dad, su magnificencia, su poder, su misericordia y la fidelidad en cumplir sus promesas. Le alaba, le bendice, le da gracias; su corazón se derrite todo en actos del más perfecto reconocimiento. ¡Oh hermosa caridad! Pidamos á Jesús y á María que la hagan entrar, que la radiquen para siempre en nuestras almas.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

TERCER MISTERIO GOZOSO.

El nacimiento del Niño Dios.

Fruto de este misterio: *Amor á la pobreza.*

Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Así hablan los Angeles á los pastores de Belén, y éstos, abandonando sus rebaños á la Providencia Divina, se dicen los unos á los otros: "Vamos allá y veamos lo que ha sucedido." Y deseosos de gozar del don divino que se les promete, estos hombres sencillos y rectos hacen un acto de buena voluntad.

Los ángeles han anunciado al mundo una grande alegría, manifestada en toda su plenitud en la gruta de Be-

lén, donde las admirables gracias del Niño Jesús, encantan á todos los corazones. Alegría en María, alegría en José, alegría en los pastores, alegría en los Magos, todos son dichosos, porque contemplan al Hijo de Dios en la frágil envoltura de que se ha revestido. Una mirada de sus ojos, una sonrisa de su boca los arrebató. ¡Y cuán dulcemente conmovidos se sienten al apoyar su frente sobre el pesebre en que el Niño reposa, al besar las manecitas del *Todopoderoso* y la cándida y pura frente en donde la sabiduría eterna meditaba la redención del mundo! El Emperador Augusto había mandado hacer el empadronamiento de sus súbditos, y que se presentara cada uno en su ciudad á fin de apuntar su nombre. José se presentó en Belén con María, su Esposa, que estaba próxima á dar al mundo á nuestro Señor. Como ya no había lugar para ellos en ningún hospedaje, se retiraron á un pobre establo fuera de la ciudad,

en la cueva de una peña y allí fue donde nació Jesús á media noche. Su Madre lo envolvió en pañales y faltándole en que reclinarlo, sobre la paja del pesebre lo puso. En el mismo instante los cielos brillaron con una luz resplandeciente, una voz anunció á los pastores que guardaban sus rebaños en el campo, que había nacido su Salvador, y un concierto maravilloso dejaba oír estas palabras del cántico de los ángeles: ¡Gloria á Dios en lo más alto de los Cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! Los pastores acudieron á adorar á Jesús niño y glorificaron á Dios por el prodigio de que los había hecho testigos. ¡Jesús, divino infante, hacednos progresar en el bien para que lleguemos á ser hombres de buena voluntad! ¡Príncipe de la Paz, derramad en nuestras almas el don precioso de vuestra gracia!

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

CUARTO MISTERIO GOZOSO.

La Purificación de Nuestra Señora y la presentación del niño Jesús en el templo.

Fruto de este misterio: *La obediencia.*

¡Cuán generoso es el amor en este misterio! Los personajes que en él intervienen, todos nos admiran. Simeón da su vida en cambio de los consuelos que recibe del Cielo. Ana da sus alabanzas, su alegría expansiva, su celo diligente, porque Jesús sea conocido de los que esperan la redención de Israel. José da sus humildes ofrendas. María da la gloria de sus privilegios ocultos bajo el velo de la obediencia y la heroica aceptación de los dolores que Simeón le anuncia. Jesús se da todo entero: los sacrificios de toda su vida, hasta el último que se verifica sobre el Calvario, todos están condensados en la ofrenda que hace de sí mismo á su Padre celestial.

Habiendo llegado el día fijado por la ley, para la purificación de María, esta Virgen bendita y su santo Esposo José, fueron con Jesús á Jerusalén para presentarlo al Señor, según lo acostumbraban los Judíos, y ofrecer el precio de su rescate, que era para los pobres un par de tórtolas ó dos palomas. Entonces el anciano Simeón, guiado por el Espíritu Santo, ocurrió al templo y recibió al Divino Infante

en sus brazos. Venid, Señor, exclamó; he aquí la luz de los pueblos y la gloria de Israel. Él será la ruina y la resurrección de muchos... Y vos, María, sabed que una espada de dolor traspasará vuestra alma.

Nosotros, pues, os presentamos ¡oh Padre celestial! á vuestro Hijo muy amado, objeto de vuestras complacencias; colocados dentro de su corazón, nos presentamos con Él entre los brazos de María para ser inmolados por vuestra gloria, si así os agradare. Tomad todo lo que nos pertenece: el espíritu, el corazón, el cuerpo, los pensamientos, las afecciones, los deseos, la sangre; dignaos significarnos que os agradáis en este sacrificio, á fin de que alegres y consolados podamos cantar con el anciano Simón. Señor, ya es tiempo, llévate ya á tu siervo, porque mis ojos han visto al Salvador.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri,

QUINTO MISTERIO GOZOSO.

El Niño perdido y hallado en el Templo.

Fruto de este misterio: *Seguimiento de Jesús.*

María y José, que habían ido á Jerusalén para celebrar la Pascua, terminada la solemnidad, se volvieron á Nazaret.

Separados el uno del otro, porque siendo allá costumbre entre los piadosos romeros ir por caminos distintos los hombres y las mujeres, no echaron de menos á Jesús, hasta que llegada la noche se reunieron en la posada. Entonces corren presurosos á buscarlo entre los parientes y amigos, y no encontrándolo se dirigen á los grupos de los hombres y de las mujeres, y les preguntan, les instan, que les digan si por ventura han visto á Jesús; mas ¡ay, que nadie ha visto á su santo y querido niño! A la edad de doce años esta adorable sabiduría, en lugar de regresar con sus padres, se quedó en Jerusalén. Cuan-

do ellos se apercibieron de su ausencia lo buscaron y no lo encontraron en el camino, ni entre los conocidos, y volviéndose á Jerusalem, después de tres días lo hallaron en el templo sentado entre los Doctores, escuchando, interrogando y haciéndose admirar de la muchedumbre por la sabiduría de sus respuestas y preguntas. ¡Hijo mío, le dijo entonces María, Hijo mío! ¿Por qué lo hiciste así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado, desolados de tu ausencia! ¿Y por qué me buscábais? Le respondió el divino Niño. ¿No sabéis que yo debo ocuparme de las cosas que miran al servicio de mi padre? María guardaba y meditaba en su corazón esta respuesta del niño Jesús. Imitemos á nuestra Madre, apliquémonos las palabras del Salvador. Servir á Dios. El servicio de Dios antes que todo. El servicio de Dios en todas las cosas.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

OFRECIMIENTO DE LOS MISTERIOS GOZOSOS.

Virgen santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, humildemente os ofrecemos esta parte del Rosario, los misterios gozosos: os suplicamos que nos alcancéis de vuestro divino Hijo la exaltación de la fe, la paz entre los Príncipes cristianos, conversión de infieles y pecadores, el alivio de las almas que están en el Purgatorio, dolor grande de nuestras culpas con una buena contrición para tener buena muerte. Amén.

Concluido el ofrecimiento dirá el Padre nuestro y después:

Dios te salve María Santísima, tiernísima Hija de Dios Padre, Virgen Purísima, antes del parto, en tus manos pongo mi fe para que la alumbrés.

Dios te salve, María, etc.

Dios te salve, María Santísima, amantísima Madre de Dios Hijo, Virgen Purísima, en el parto, en tus ma-

nos pongo mi esperanza para que la alientes.

Dios te salve, Maria, etc.

Dios te salve, Maria Santísima, Castísima Esposa de Dios Espíritu Santo, Virgen Purísima después del parto, en tus manos pongo mi caridad para que la inflames.

Dios te salve, Maria, etc.

Dios te salve, Maria Santísima, templo y Sagrario de la Beatísima Trinidad.

Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo.

Así como era al principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Dios te salve, Maria Santísima, concebida en gracia sin la culpa original.

La Salve.

OFRECIMIENTO GENERAL DEL SANTO
ROSARIO.

Por estos misterios santos de que

hemos hecho recuerdo, os pedimos ¡oh Maria! nos alcancéis de vuestro Soberano Hijo, aumento de nuestra fe católica, extirpación de las herejías, exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia, salud al Romano Pontífice, cabeza de ella, acierto y paz inalterable á los gobiernos cristianos, la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos en la gracia, refrigerio á las almas del Purgatorio, y muy particulares beneficios y bendiciones á los presentes que estamos juntos y congregados en la devoción de Vuestro Santísimo Rosario. Amén.

LETANIA.

Señor, ten piedad de nosotros.

Jesucristo, ten piedad de nosotros.

Jesucristo, óyenos.

Jesucristo, escúchanos.

Padre Celestial, que eres Dios, ten piedad de nosotros.

Hijo Redentor del mundo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.

Espíritu Santo, que eres Dios, ten piedad de nosotros.

Santísima Trinidad, que eres un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Santa María,

Santa Madre de Dios,

Santa Virgen de las vírgenes,

Madre de Jesucristo,

Madre de la divina gracia,

Madre Purísima,

Madre castísima,

Madre Virgen,

Madre inmaculada,

Madre amable,

Madre admirable,

Madre del Criador,

Madre del Salvador,

Virgen prudentísima,

Virgen venerable,

Virgen laudable,

Virgen poderosa,

Virgen misericordiosa,

Virgen fiel,

Espejo de justicia,

Trono de la eterna sabiduría,

Causa de nuestra alegría,

Vaso espiritual de elección,

Reuega por nosotros.

Vaso precioso de la gracia,

Vaso de verdadera devoción,

Rosa Mística,

Torre de David,

Torre de marfil,

Casa de oro,

Arca de alianza,

Puerta del cielo,

Estrella de la mañana,

Salud de los enfermos,

Refugio de los pecadores,

Consoladora de los afligidos,

Auxilio de los cristianos,

Reina de los Angeles,

Reina de los Patriarcas,

Reina de los Profetas,

Reina de los Apóstoles,

Reina de los Mártires,

Reina de los Confesores,

Reina de las Vírgenes,

Reina de todos los Santos,

Reina concebida sin mancha original,

Reina del sacratísimo Rosario,

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo; perdónanos, Señor.

Reuega por nosotros.

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo; óyenos, Señor.

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo; ten piedad de nosotros.

Jesucristo, óyenos.

Jesucristo, escúchanos.

V. Oh María concebida sin pecado.

R. Rogad por nosotros que recurrimos á vos.

ANTIFONA.

Recurrimos á tu asistencia, Santa Madre de Dios, no desprecies las oraciones que te hacemos en nuestras necesidades, mas libranos siempre de todos los peligros, ¡oh Virgen llena de gloria y bendición!

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

Suplícote Señor, que infundas tu gracia en nosotros que hemos conocido el misterio de la Encarnacion de tu Hijo, por el ministerio de tu ángel que se lo anunció á María, para que podamos por el mérito de su pasion y cruz, ser con-

ducidos á la gloria de su resurrección. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

ORACION.

Acordáos, ¡oh Virgen Santísima! de vuestros siervos, sostened sus oraciones y confirmad su fe, haced que vengan á la unidad las iglesias dispersas, haced que triunfe el reino de Dios, y que florezca la paz en el mundo, libradnos de todo peligro y dignáos alcanzarnos un día la recompensa eterna. Amen.

ORACION.

María, ¿quién podrá jamás alabarte dignamente y darte las gracias que se te deben, por haber asentido á los saludables designios de la Divina Providencia, y con este asentimiento haber socorrido al mundo perdido? ¿Siendo los hombres tan flacos y de un entendimiento tan limitado, como podrán jamás pagarte el justo tributo de alabanzas que te deben por haberles procurado con tu poderosa mediacion introducirlos á tu Hijo? Dignate, Virgen Santísima, aceptar nuestros débiles agradecimientos, aunque tan des-

proporcionados á tus méritos y despues de haber aceptado nuestros votos, dignate tambien excusar las imperfecciones con que van mezcladas. Oye nuestras súplicas, y haz que nuestra reconciliación con el Padre de las misericordias, nos sirva al mismo tiempo de preservativo contra el veneno del pecado. Ofrece tú misma nuestros votos al Señor y serán dignos de ser presentados: consígamos por tu intercesión lo que le pedimos con confianza. Recibe benignamente lo que te ofrecemos con humildad, lo que te pedimos, y no mires á nuestra pusilanimidad y á nuestra desconfianza, que eres, después de Jesucristo, la única esperanza de los pecadores. Por tu poderosa intercesión, beatísima Virgen, esperamos conseguir el perdón de nuestros pecados, y con ella contamos también para obtener de Dios nuestra eterna recompensa. Santa María socorre á los atribulados, alienta á los pusilánimes, consuela á los afligidos, ruega por todo el pueblo, toma bajo tu especial protección al clero, é intercede por el sexo femenino que te es singularmente devo-

to, y, finalmente, haz que todos los que recurren á tí en las necesidades y te honran con un culto particular, sientan y experimenten los dulces efectos de tu poderosa protección.

En acción de gracias á la Beatísima Trinidad, por los dones, gracias y privilegios con que enriqueció á María Santísima, se repetirá tres veces el siguiente Trisagio, que es especialísimo remedio contra todas las tentaciones y adversidades.

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Santo Dios. Santo Fuerte. Santo Inmortal. Libranos, Señor, de todo mal.

PROTESTA DE FE.

Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo, creo en el Misterio altísimo de la santísima Trinidad, creo en el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, creo en el Santísimo Sacramento del Altar y en todo aquello que cree y

confiesa la Santa Iglesia católica, porque son verdades reveladas por Dios.

Quisiera, Dios mío, haberte amado, y amarte ahora y siempre; y que todos te amaran si posible fuera, como tú te amas á tí mismo.

Echános, Señor, tu santísima bendición, la recibimos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Benito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, y la Inmaculada Concepción de nuestra señora la siempre Virgen María, concebida en gracia sin pecado original, desde el primer instante de su ser natural para ser Madre de Dios, Señora y abogada nuestra. Amén.

Concluido ya el santísimo Rosario, se reza un Padre nuestro y una Ave María al Patriarca Señor San José y la oración siguiente recomendada por nuestro Santísimo Padre el Señor León XIII, para después del santo Rosario.

A vos recurimos, ¡oh Señor San José! agoviados por el peso de la tribulación, y después de haber implo-

rado el auxilio de vuestra santa Esposa, solicitamos también confiados vuestra protección. Os suplicamos ardientemente por el lazo sagrado de caridad que os une á la Inmaculada Madre de Dios, y por el amor paternal que tuvisteis al niño Jesús, veáis con ojos propicios la herencia que Jesucristo conquistó con el precio de su sangre, y proveáis á nuestras necesidades con vuestro auxilio y poder.

¡Proteged, oh guardián previsor de la divina Familia, á la raza elegida de Jesucristo! Apartad de nosotros ¡oh Padre muy amante! la peste del error y del vicio. Asistidnos con bondad desde lo alto del cielo, gran apoyo nuestro en la lucha contra el poder de las tinieblas y lo mismo que otras veces salvásteis de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, defended ahora la Santa Iglesia de Dios de las asechanzas de sus enemigos y contra toda adversidad.

Cubrid á cada uno de nosotros con

vuestro constante Patrocinio, á fin de que con vuestro ejemplo y ayudados por vuestro socorro, podamos vivir virtuosamente, morir de una manera piadosa y obtened en el cielo la beatitud eterna. Asi sea.

MISTERIOS DOLOROSOS.

PRIMER MISTERIO DOLOROSO.

La Oración del Huerto.

Fruto de este misterio: *La Contrición.*

Destruyamos con la gracia el imperio del pecado, y caminemos por las ensangrentadas huellas del Salvador; he aquí lo que nos dicen los misterios Dolorosos.

Jesús había llevado consigo á tres de sus discípulos al Huerto de Getsemani; antes de separarse de ellos para orar, les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte." Esperadme aquí y velad conmigo. Después de la cena y de haberles lavado los pies á los Apóstoles, y después de haber instituido el Santísimo Sacramento, y exhortádoslos al amor de Dios, al cum-

plimiento de sus mandamientos, y á la más tierna caridad, Jesucristo saliendo de Jerusalén se dirigió al monte de los Olivos y atravesó el torrente Cedrón y llegó al Jardín Getsemani, tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan solamente, diciendo á los otros discípulos que esperaran hasta que volviese á ellos. Entonces la tristeza y el tedio inundaron su alma: mi alma está triste hasta la muerte, dijo; velad y orad Y retirándose entonces á una gruta se prosternó contra la tierra, y dijo á su Padre: "Padre mio, apartad de mi este cáliz, si es posible, pero que se haga vuestra voluntad y no la mia." Y viniendo á sus discípulos, cuya insensibilidad le afligia, los llamó de nuevo y por tres veces repitió la misma oración á su Padre. Mientras más aumenta su dolor que llegó hasta reducirlo á la agonía, oró con más fervor y perseverancia.

Luchaba con tan violentos esfuerzos consigo mismo, que un sudor de

vuestro constante Patrocinio, á fin de que con vuestro ejemplo y ayudados por vuestro socorro, podamos vivir virtuosamente, morir de una manera piadosa y obtened en el cielo la beatitud eterna. Asi sea.

MISTERIOS DOLOROSOS.

PRIMER MISTERIO DOLOROSO.

La Oración del Huerto.

Fruto de este misterio: *La Contrición.*

Destruyamos con la gracia el imperio del pecado, y caminemos por las ensangrentadas huellas del Salvador; he aquí lo que nos dicen los misterios Dolorosos.

Jesús había llevado consigo á tres de sus discípulos al Huerto de Getsemani; antes de separarse de ellos para orar, les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte." Esperadme aquí y velad conmigo. Después de la cena y de haberles lavado los pies á los Apóstoles, y después de haber instituido el Santísimo Sacramento, y exhortádoslos al amor de Dios, al cum-

plimiento de sus mandamientos, y á la más tierna caridad, Jesucristo saliendo de Jerusalén se dirigió al monte de los Olivos y atravesó el torrente Cedrón y llegó al Jardín Getsemani, tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan solamente, diciendo á los otros discípulos que esperaran hasta que volviese á ellos. Entonces la tristeza y el tedio inundaron su alma: mi alma está triste hasta la muerte, dijo; velad y orad Y retirándose entonces á una gruta se prosternó contra la tierra, y dijo á su Padre: "Padre mio, apartad de mi este cáliz, si es posible, pero que se haga vuestra voluntad y no la mia." Y viniendo á sus discípulos, cuya insensibilidad le afligia, los llamó de nuevo y por tres veces repitió la misma oración á su Padre. Mientras más aumenta su dolor que llegó hasta reducirlo á la agonía, oró con más fervor y perseverancia.

Luchaba con tan violentos esfuerzos consigo mismo, que un sudor de

sangre brotó de los poros de su cuerpo, y empapando su túnica goteaba hasta la tierra. Un angel se le apareció para confortarlo..... Derrepente se levantó, y volviéndose á sus discipulos, les dijo: "Levantáos ya, el que me va á entregar se acerca; vamos á su encuentro."

En el Huerto de Getsemani comenzó la pasión que había de salvar al mundo por la humildad, obediencia y dolores de Nuestro Señor Jesucristo,

Aprendamos á acudir á la oración en nuestros trabajos y necesidades.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

SEGUNDO MISTERIO DOLOROSO.

Los azotes que recibió el Hijo de Dios atado á la Columna.

Fruto de este misterio: *La Penitencia.*

Nuestro Señor Jesucristo, después de haber sido preso, atado, atropellado por las calles públicas de Jerusalén, escupido, abofeteado, llevado de tribunal en tribunal, como si fuera malhechor, pedían su muerte los judíos, y para salvarle de la muerte, Pilatos dió la sentencia para que Jesús fuese azo-

tado; se prepararon crueles verdugos destinados para cumplirla con los instrumentos que inventara cada uno para ejecutarla, y de los diferentes, como más crueles, figuran ocho distintos que usaron, con tal furor, como si desearan quitarle la vida á golpes.

Azotes con varas de espino. Azotes con juncos marinos, que eran otras varas correosas: azotes con cordeles pasados de penetrantes puntas de acero: azotes con cadenas de hierro, con los eslabones retorcidos: azotes con nervios de toro, secos y retorcidos: azotes con látigos de cáñamo, con unos alacranes de hierro en las puntas, que despedazaban la carne: azotes con coyundas de carretas y azotes con plomadas, que era un látigo con bolas de plomo en las puntas, el cual era de naturaleza mortal, porque recogía el aire y daba un golpe como balazo, capaz de causar la muerte al que lo recibía. Ligaron á Nuestro Señor Jesucristo á una columna, y empezaron los dos primeros verdugos con las varas, y alzando los brazos con toda

la fuerza que tenían, descargaban los golpes sobre su divino cuerpo, clavándole juntamente las espinas hasta brotar la sangre.

Cansados estos dos verdugos, entraron otros dos con el azote de juncos marinos, que son más sensibles que las varas, porque tienen mayores espinas, son más correosas y se ciñen más al cuerpo: esos, pues, añadiendo heridas sobre heridas, le volvieron á herir todo el santísimo cuerpo, de pies á cabeza, con terrible crueldad, hasta que se rindieron.

Fatigados los cuatro verdugos, llegaron de refresco otros dos con los mismos azotes, desataron al Señor, y volviendo las espaldas á la columna, le azotaron por el pecho y por el estómago, vientre, muslos y piernas, hasta los pies, cubriéndolo todo de llagas, tanto por delante como por las espaldas; se cansaron estos dos, y se fueron á descansar con los demás. Llegaron otros dos verdugos con los

nervios de toro, y como estaba atado con las espaldas hacia la columna, empezaron á descargar por el pecho sagrado, por el estómago y vientre fuertes golpes; ya estaba tan lastimado el Señor, que todos los presentes se persuadieron de que aquellos dos le habían de acabar la vida, continuaron los golpes hasta que se rindieron.

Llegaron otros dos verdugos y le volvieron á desatar, y pegándole el pecho contra la columna y atándole fuertemente, cogiendo otros nervios de toro secos y retorcidos, volvieron á descargar por las espaldas santísimas los golpes, abrían las heridas de las varas, y sobre aquellas cruzaban otras, y la sangre corría y salpicaba á los verdugos en la cara, brazos y vestidos, y como se iban ablandando los azotes, daban unos chasquidos y golpes, que se oían muy lejos; y como también se cansaron estos dos verdugos, se retiraron dejando el santísimo cuerpo deformemente hinchado y de-

negrido, y tan bañado en su sangre, como si lo hubieran metido en una tina hasta la cabeza.

Después fueron seis verdugos con los látigos pasados de puntas de acero, éstos prosiguieron con el martirio, no solamente azotando, sino también clavando con las puntas todo el santísimo cuerpo; las puntas de acero rompen las venas, se clavan en los nervios y pican los huesos hasta quedar todo el santísimo cuerpo, por las espaldas, por delante y por los dos lados, no sólo inhumanamente azotado, sino todo tan picado, como si con leznas lo hubieran ido punzando todos; y se cansaron también.

Continuaron otros seis verdugos con las cadenas retorcidas, azotando á nuestro Salvador por todo el santísimo cuerpo, y le hubieran hecho pedazos todos sus huesos, sino estuviera en contra una profecía, que no le habían de quebrar ni un hueso.

En seguida, llegaron otros seis ver-

dugos con látigos que tenían en las puntas unos alacranes de hierro, con unas puntas y garfios muy agudos y penetrantes; con estos crúelísimos tormentos, se llegaron con ánimo de despedazarle su santísimo cuerpo y arrancarle las entrañas, y fué tal la carnicería que hicieron en su divino cuerpo, que estaba tan despedazado y tan rotas y consumidas sus carnes, que se le descubrían sus huesos y se le veían las costillas de todo punto descarnadas y rasgadas; y se retiraron cansados los verdugos. Ya desesperados de poderle matar los verdugos, vinieron los seis con aquellas plomadas, ó látigos con bolas de plomo, y como desesperados le empezaron á herir y golpear el santísimo cuerpo; y para entender bien este martirio, estaban estos látigos unidos á unas cortas palas, y con las plomadas que tenían en las puntas, cogían vuelo y daban en el cuerpo santísimo como si fueran balazos, atormentaban

las entrañas con el golpe, porque descargando sobre los huesos, alcanzaban con el peso del plomo á lo interior del pecho, y era tal el dolor que resultaba en el corazón y en las entrañas, que aunque el Señor nuestro Salvador no hubiera padecido más tormentos, sólo éste le hubiera quitado la vida muy en breve, si la divinidad no confortara á la humanidad. Aquí fueron más y mayores las agonías, pues los verdugos se cansaban y entraban otros, y como se habian de cumplir las profecías, no habia de morir de los azotes, y muchas veces se le vieron blancos los ojos, el cuerpo desmayado y lívido, los miembros todos trémulos y que los parasismos mortales se repetían continuamente unos tras de otros, tanto que corre la voz entre los judíos, diciendo: Ya, ya muere; ya, ya muere; ya acaba, ya acaba; y con todo eso no cesaban los verdugos de azotar á nuestro Redentor. ¡Oh Madre de misericordia! ¡Qué dolores sen-

tiría vuestra alma santísima cuando llegaban á vuestros oídos estas voces!

Cuando cortaron las zogas con que estaba atado á la columna Nuestro Señor Jesucristo, cayó por muerto en aquel lago de sangre que rodeaba la columna, y allí estuvo palpitando y anegado en su propia sangre,

Viendo los verdugos que el Señor, caído en tierra, poco á poco iba volviendo en sí, de nuevo, enfurecidos y embravecidos contra nuestro Señor Jesucristo, lo cercaron por todas partes, y juntos le volvieron á azotar por todo el cuerpo santísimo, sin reservar parte alguna, y habiéndole dado por sus espaldas con los pies, y volviéndole boca arriba lo azotaron desde su santísimo rostro hasta los pies; pero por más que hicieron por matarle, no pudieron, y de cansados lo dejaron. ¡Oh inestimable humildad de Jesús! ¡Oh ejemplo de todas las virtudes!

Miremos á qué exceso de amor llegó Jesús por salvar el alma de cada uno

de nosotros; miremos con cuánta caridad se ofrece voluntariamente á tan sangriento tormento por nuestra salvación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

TERCER MISTERIO DOLOROSO,

De la corona de espinas que le pusieron al Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: *La mortificación del amor propio: Paciencia.*

Los verdugos están ya ebrios de sangre, y los soldados, que hasta ahora no han hecho nada, quieren divertirse.

Reúnese la soldadesca al rededor de la víctima que han puesto en sus manos. Allí hay un trozo de columna, esto servirá de trono. Quitan al Salvador por segunda vez las vestiduras: echan sobre sus hombros un trapo viejo de escarlata: he aquí el manto real. Pónenle después una caña en la mano derecha; este es el cetro.

Toman los soldados tres ramas cargadas de espinas entrelazadas con arte satánico, y forman una especie de

casco erizado en la parte interior con más de cien puntas; colocaron sobre la cabeza de Jesús este nuevo género de corona jamás vista ni oída; pero como no puede sostenerse, la hacen entrar con violencia á fuerza de golpes. Las espinas penetran por todas partes, á la derecha, á la izquierda, en la frente y en la parte posterior de la cabeza.

Todas las venas se han abierto y la sangre que aun le queda, corre como el agua de una fuente que acaba de abrirse. Un espectáculo tan horrible sirve de alegre entretenimiento á estos soldados. Acércanse á Jesús, unos en pos de otros, y doblan la rodilla diciéndole por mofa y burla: Dios te salve, Rey de los judíos.

Jesús es conducido después á Pilatos, que lo presenta al pueblo, diciéndole: ¡He aquí al hombre! Pero el pueblo le respondió: ¡Qué muera! ¡Crucifícale!

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

CUARTO MISTERIO DOLOROSO.

La cruz á ouestas.—Jesús llevando su cruz.

Fruto de este Misterio: *Compasión de los males del prójimo.—El sufrimiento de las penas de nuestro estado.*

Consideremos cómo los judíos con grandes voces y gritos insistían pidiendo la muerte de Nuestro Redentor. Pilatos, aunque estaba persuadido de la injusticia de aquella gente, pero llevado de respetos humanos, dió sentencia de muerte contra Jesús. Aquellos fieros enemigos no contentos con que fuese crucificado, quieren añadir el tormento de hacerle llevar en sus hombros la cruz en que había de ser clavado.

Ya dispuestas todas las cosas, preparado el sagrado madero de la cruz, los clavos y zogas, martillos y esponja, y todo lo necesario para el martirio y puestos en orden los soldados, tendidas las banderas, y al punto los pregoneros y trompetas, salió el Rey del mundo cercado de sayones, y así que vió enarbolado el sacrosanto madero y que le estaban esperando con él, tomó grande aliento y fuese á él con alegría, diciéndole mil ternuras

y palabras muy dulces y suaves: ¡Oh Cruz Santa y preciosa por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mío, alivio único de mis abrasadas ansias, fin glorioso de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria, cetro de mi reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes y estandarte real de mis ejércitos! Esto dijo el Señor á su cruz, para que los cristianos, enamorados de élla, no la desprecien.

Los verdugos, con feas y malas palabras, le pusieron á nuestro Salvador, sobre los hombros el madero de la cruz, que según se cree, tenía quince pies, ó cinco varas de largo, y ocho pies ó dos varas veinticuatro pulgadas de ancho.

Mientras Jesús caminaba hacia el lugar del suplicio, cae varias veces—comunmente se cuentan tres—por las tres caídas que da el hombre, por

los pecados, original, mortal y venial. La primera caída fué á los ochenta pasos que anduvo después de haber salido de la casa de Pilatos, la segunda en la puerta Judiciaria y la tercera en la subida del Calvario, llegando á tocar con el rostro el suelo, agobiado bajo el peso de la cruz. A las caídas de nuestro Señor Jesucristo, algunos, compadecidos de él, se atreven á gritar: ¡Pobre desgraciado! ¡Qué se muere! Pero no, el amor le conserva las fuerzas para que pueda morir en la cruz. Al levantarse está cubierto de lodo y de sangre.

A derecha é izquierda la turba se divierte con este espectáculo, y producen un bullicio bárbaro que crece por momentos en torno del Salvador. Derrepente quedan todos en silencio y fijan sus miradas en una mujer que, pálida y sostenida por las piadosas mujeres y sin parar mientes en las órdenes de los soldados ni en el furor de los verdugos, se adelanta con pa-

so inseguro hacia la víctima. Llorosa, insultada por unos y rechazada por otros, María llega al fin hasta su Hijo. ¡Qué escena tan conmovedora! Bañado en lágrimas el rostro la siempre Virgen se postra de rodillas á los pies de la víctima Santa, y la estrecha contra su corazón, exclamando entre sollozos: ¡Hijo mío, hijo mío querido! Y Jesús le responde con voz temblorosa: ¡Madre mía! ¡mi querida Madre! Este encuentro doloroso no dura más que un instante. María, transida de pena, sólo está sostenida por la fuerza divina. Ella ha arrostrado todos los desprecios é insultos para llegar hasta su Hijo, y este Hijo amado ve un corazón amante que le dice: Yo te adoro y te amo, Jesús ha encontrado en su Madre una compensación á todos los ultrajes é injurias de los verdugos, de los soldados y del populacho. ¡Cristiano! Jesús espera también de tí esta compensación en el doloroso camino que le hacen recorrer los

impíos, muéstrate en público digno discípulo de Jesuoristo, huella bajo tus pies todo respeto humano y manifiesta claramente y en toda ocasión tus sentimientos religiosos.

Jesús, caminando hacia el Calvario, estaba tan agobiado por el peso de la cruz, que cayó varias veces hasta tocar con el rostro en el suelo, y los verdugos, temiendo que muriese antes de llegar al sitio del suplicio, detuvieron en el camino á un hombre de Cirene, y le obligaron á que ayudara al Salvador á llevar la cruz. Simón se prestó dócilmente á este penoso y doloroso oficio, y su alma compasiva fué premiada con el don precioso de la fe. Pero esta recompensa, aunque era muy grande, era personal y pequeña para el amor de Jesús. Un hombre le había ayudado á llevar la cruz, en reconocimiento de este servicio, él se ofrece á ser participante de los trabajos de todos los hombres, él es en la Eucaristia el divino Cireneo de la huma-

nidad. Cristianos, padecemos, y sostenidos por el Dios que fortalece en cada uno de nosotros, nuestra alma debilitada, llegaremos al término de nuestra vida fatigosa, treparémos por la montaña del Señor, y cuando llamemos á la puerta del cielo, oirémos delante de nosotros la voz del divino Cireneo, que dirá: Abrid, Padre mio, que yo soy, hemos llevado, cual se demuestra, nuestra cruz. Dádnos la recompensa prometida á los dolores padecidos con resignación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

QUINTO MISTERIO DOLOROSO.

La crucifixión y muerte del Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: *El amor á Jesús y á María.*

Trasladémonos con el pensamiento al Monte Calvario, célebre por haber sido regado con la sangre del inocentísimo hijo de Dios y consumado en él el Misterio de Redención del mundo.

Consideremos que al llegar el divino Salvador á la cumbre de este monte Calvario, lo desnudaron los verdu-

gos, y al quitarle la túnica, lo hicieron con tal violencia, que le renovaron todas las llagas, y después que los mismos verdugos barrenaron la cruz por tres partes, mandaron al divino Jesús que se extendiese en ella para ser crucificado. Obedeció como mansísimo cordero y se acostó en aquella dura cama que aquel ingrato pueblo le había preparado para recompensar tantos favores, tantas gracias, tantas misericordias que les había dispensado en los tres años de su predicación. Los verdugos enclavaron primero la mano izquierda de Jesús, y como el clavo era grueso y cuadrado, abrió las venas, cortó los nervios y separó los huesos. Con tan intenso martirio, los nervios de la mano derecha se encogieron y quedaron como amortecidos. Para que la mano derecha llegase al barreno del brazo derecho de la cruz, la amarraron con cordeles y tiraron tan fuerte para hacerle llegar al barreno, que descoyun-

taron los huesos del sagrado pecho. Como con el martirio de las manos y brazos se encogió todo el cuerpo santísimo, las rodillas, los muslos y la cintura, quedó encogido todo aquel tiempo, y con los accidentes de muerte que le daban, se enfrió como si estuviera realmente muerto, y con esto no llegaban los pies ni con mucho trecho al barreno, por lo cual le pasaron al Señor un cordel por debajo de los brazos, y sacando las dos puntas por sobre el pecho y rostro santísimo, sentados en el suelo los verdugos y afirmándose con los pies en la cruz aseguraron así las manos; y luego los otros, atándole á cada uno de los pies una zoga, tiraron con tanta crueldad, que le descoyuntaron todo el divinisimo cuerpo, los tobillos, rodillas, cuadriles y costillas, de manera que no quedó en él hueso con hueso, que es de los más crueles martirios. Luego habiendo con esto llegado los pies al barreno, pusieron el pie siniestro

sobre el derecho, y cogiendo dos clavos larguísimos y gruesísimos clavarón el primero por arriba junto al empeine del pie, y el otro por más abajo hacia los dedos; y antes de clavarle los pies, como son partes tan duras y nerviosas, primero se los barrenaron con un hierro largo, para que después hallando el clavo herida abierta, no resbalase al tiempo de clavarlo. Considera aquí, cristiano, que aunque dicen muchos, que los clavos de los pies no fueron dos sino uno, y esto por la tradición antigua, que pinta un pie sobre el otro, esto se contradice con lo que dice Nuestra Señora á Santa Brígida, que se los clavarón con dos clavos, arriba uno y otro abajo, un tormento gravísimo, porque aunque el clavo que entró por los empeines de los sagrados pies, pudiese clavarse sin pegarle las santísimas plantas á la sagrada cruz; pero el que se clavó más abajo forzosamente había de doblar los pies hasta pegar con las

plantas el santo madero. ¡Oh cuántos golpes para todo eso! y ¡cuán intensos serían los dolores que padecía el soberano Jesús! Considera alma otro dolor y es que no le pusieron tabla ni apoyo alguno debajo de los pies para clavárselos en el madero, sino en el mismo tronco de la cruz, y así quedó suspendido en el aire sin tener cosa alguna en que estribar, sino sobre los mismos clavos. De este paso tan lastimoso, pasa á considerar otro más, y es que de la parte en donde crucificaron al Señor hasta el hoyo en donde levantaron la cruz en alto hay catorce pasos, y hasta aquí trajeron al Señor clavado como estaba; y los verdugos la levantaron un poco del suelo, y así medio arrastrando la cruz encima y el Señor abajo, lo llevaron hasta aquel paraje y así lo dejaron caer de golpe en el suelo; míralo cual va medio arrastrando, y dando por aquellas piedras con el cuerpo sobre los clavos, y si lo bajaban, lo arrastraban,

puesto el Señor junto al hoyo donde se había de enarbolar la santísima cruz, la levantaron en alto asiéndola unos verdugos con dos sogas largas por los brazos y las otras arrimadas al pie de la cruz, que entró al fin en el hoyo que estaba hecho en la peña, y así que entró la cruz la dejaron caer de golpe, y como daba en piedra, se estremece todo el divino cuerpo y empezó á temblar en todos los miembros, de manera que el verle era bastante á quebrantar los más duros cora- nes del mundo.

Consideremos cómo nuestro Señor Jesucristo, al tiempo de morir, no solo fué Salvador, Redentor, sino fué también Maestro, y la cruz fué cátedra en donde nos enseñó y nos enseña; así como los buenos padres antes de morir reúnen á sus hijos al rededor de su cama, así nuestro gran Maestro, antes de espirar, olvidándose de sus tormentos y penas, abrió sus divinos labios para despedirse de los

hombres y dejarles importantes avisos de perfección cristiana, y fijémonos en el testamento de nuestro amantísimo Padre Jesús, y oigamos las importantes palabras que pronunció en la cruz:

Primera palabra: "Padre, perdónales, que no saben lo que hacen."

Segunda palabra, y se dirigió al buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Tercera palabra, fué cuando á María Santísima le dijo: "Mujer, he ahí á tu hijo," y á San Juan Evangelista, "he ahí á tu Madre."

Cuarta palabra: "Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?"

Quinta palabra: "Sed tengo."

Sexta palabra: "Todo está consumado."

Séptima palabra: "Padre, entus manos encomiendo mi espíritu."

Toda la naturaleza se conmovía cuando el divino Jesús padecía tormentos tan atroces, y nuestro Salva-

dor parece olvidarse de sí mismo para darnos las siguientes lecciones:

En la primera palabra nos enseñó á perdonar á nuestros enemigos con una gran caridad, y llamó Padre de todos los hombres al Padre Eterno.

En la segunda palabra nos enseñó cuán heroica es la fe y poderosa la gracia en el ladrón penitente (San Dimas) y en todos los que se arrepienten de sus pecados.

En la tercera palabra, enseñó como deben respetar los hijos á sus padres; y que la Santísima Virgen es madre del linaje humano; y por eso le dió como hijo en su discípulo San Juan Evangelista á su Santísima Madre.

En la cuarta palabra nos enseñó que aunque parezcan cerradas las puertas de las consolaciones del cielo y de la tierra, debemos llevar con santa paciencia y resignación los trabajos, aflicciones y dolores que Dios nos envíe, fortaleciéndonos con la oración.

En la quinta palabra nos enseñó que

tenía sed de nuestra salvacion y conversión, que es la única sed que padecía El que no tenía más cama que la misma cruz, ni más almohada que la corona de espinas, ni más vestido que las llagas y sangre. Le aplican después á la boca una esponja sucia y manchada, empapada en vinagre, porque en esta esponja y vinagre están representados los prófugos que abandonan á Nuestro Señor Jesucristo y se alistan con Satanás. Nuestro Señor tenía sed por la conversión de los pecadores. Con la humildad los hombres perversos se convierten en santos, y con la soberbia los ángeles se convierten en demonios.

En la sexta palabra, nos enseñó que venció á la muerte, al infierno, al mundo y al demonio y que estaba consumada la Redención del género humano, y cómo deben morir los justos, los cuales después de haber cumplido exactamente la voluntad divina en sus diez mandamientos, se entre-

gan resignados á la voluntad de Dios.

En la séptima palabra nos enseñó, que al tiempo de morir entreguemos nuestras almas al Señor; inclinó la divina cabeza y espiró.

Salvador de los hombres, tened misericordia de nosotros pecadores y que cuando dejemos este destierro, nuestras almas sean recibidas en tus manos divinas y en las de la siempre Virgen María tu Santísima Madre, y nuestra por tu gran bondad.

Un
~~Concluido el Ofrecimiento~~ Padre nuestro
 y después: *Diez Ave Marias con Gloria Patri*

OFRECIMIENTO DE LOS MISTERIOS

DOLOROSOS.

Madre de Dios y afligidísima Virgen, humildemente os ofrecemos esta tercera parte del Rosario de los misterios dolorosos, os suplicamos nos alcancéis de vuestro Hijo, por su pasión y muerte, la exaltación de la fe católica, la conversión de los pecado-

res, paz entre los principes cristianos, alivió á las almas del Purgatorio, dolor de nuestros pecados, y una confesión sincera para lograr el fruto de la pasión y muerte de Vuestro divino Hijo. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias y demás oraciones, Salve, Antifona, si se reza sólo esta segunda parte como en la primera.

MISTERIOS GLORIOSOS.

PARA MIERCOLES, SABADOS Y DOMINGOS.

PRIMER MISTERIO GLORIOSO.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: La Conversión.

Consideremos cómo el alma del Señor, así que se apartó de su sacrosanto cuerpo dejándolo en la Cruz, con gloria inefable, y acompañado de ángeles innumerables, bajó á los infiernos á sacar las almas de los Santos Padres que estaban en un lugar llamado seno de Abraham, esperando la humana redención, como lo dice la fe católica.

Consideremos resucitado al Señor y que salió del sepulcro sin resistencia de

gan resignados á la voluntad de Dios.

En la séptima palabra nos enseñó, que al tiempo de morir entreguemos nuestras almas al Señor; inclinó la divina cabeza y espiró.

Salvador de los hombres, tened misericordia de nosotros pecadores y que cuando dejemos este destierro, nuestras almas sean recibidas en tus manos divinas y en las de la siempre Virgen María tu Santísima Madre, y nuestra por tu gran bondad.

Un
~~Concluido el Ofrecimiento~~ Padre nuestro
 y después: *Diez Ave Marias con Gloria Patri*

OFRECIMIENTO DE LOS MISTERIOS

DOLOROSOS.

Madre de Dios y afligidísima Virgen, humildemente os ofrecemos esta tercera parte del Rosario de los misterios dolorosos, os suplicamos nos alcancéis de vuestro Hijo, por su pasión y muerte, la exaltación de la fe católica, la conversión de los pecado-

res, paz entre los principes cristianos, alivió á las almas del Purgatorio, dolor de nuestros pecados, y una confesión sincera para lograr el fruto de la pasión y muerte de Vuestro divino Hijo. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias y demás oraciones, Salve, Antifona, si se reza sólo esta segunda parte como en la primera.

MISTERIOS GLORIOSOS.

PARA MIERCOLES, SABADOS Y DOMINGOS.

PRIMER MISTERIO GLORIOSO.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: La Conversión.

Consideremos cómo el alma del Señor, así que se apartó de su sacrosanto cuerpo dejándolo en la Cruz, con gloria inefable, y acompañado de ángeles innumerables, bajó á los infiernos á sacar las almas de los Santos Padres que estaban en un lugar llamado seno de Abraham, esperando la humana redención, como lo dice la fe católica.

Consideremos resucitado al Señor y que salió del sepulcro sin resistencia de

la losa, porque ya por las dotes de gloria era superior á todas las cosas corporales, y mostró su sagrado cuerpo glorioso á los Santos Padres, y las heridas y llagas que habia recibido en su pasión, vertidas y mudadas en fuentes de luz y claridad inmensa, y ellos, postrados, le adoraron y alabaron, y que de aquellas cinco principales llagas, salen cinco fuentes de infinita luz, claridad, dulzura, olor, fragancia y suavidad admirable con que se recrean aquellas almas bienaventuradas; del sepulero se pasó el Señor al monte Calvario y allí todas aquellas almas bienaventuradas adoraron al santo Madero de la Cruz, y volvieron á dar nuevas gracias al Señor y á cantarle nuevos cánticos de alabanza, por haberse dejado clavar en ella para redimirlos. Consideremos cómo luego el Salvador fué á visitar á su Santísima Madre, y con infinita gloria, claridad y hermosura, se descubrió el Señor á su Madre, saludándola con palabras tiernísimas, llenas de dulzura y suavidad divina. Diciéndole: gozáos, Madre, en vuestro Hijo, y mirad con atención el rostro en donde es-

cupieron y dieron de bofetadas los hombres. Considerad al Señor y ved lo que se han vuelto las salibas y bofetadas. Ved todas estas estrellas de divina hermosura, de que tengo sembrado mi glorioso cuerpo, y considerad que esas son las heridas de que me vi cubierto en mi pasión y tormento: ved en lo que se han trocado. Esos cinco rios de deleite, luz y gloria inefable, son las cinco llagas que me abrieron los clavos y la lanza: en esto se ha mudado lo que tanto me atormentaba, y lastimaba tanto á vuestro piadoso corazón. ¿Veis esta corona y este manto de luz y cetro de eterna potestad? Pues en eso se han conmutado aquella corona de espinas, aquella púrpura de escarnio y aquella caña de burla. Y después de todo este divino coloquio entre el Hijo Santísimo y la Madre, quiso el Señor mostrarla para complemento de sus gozos los despojos que habia quitado á la muerte y le manifestó á todos los Santos Padres y se le aparecieron todos en formas visibles gloriosas y la reverenciaron y veneraron con grande acatamiento. Entonces nuestra

Reina humildísima, ofreciendo sus alabanzas al divino Hijo y teniéndose por indigna de tanta dicha, se volvió á las almas de los Santos Padres y Jes dijo: ¡Oh generación escogida, sacerdocio real, gente santa y bendita, pueblo grande y dichoso, nación de Dios: predicad las virtudes y glorias de quien os sacó de las tinieblas, á su admirable luz y día! Nuestro Señor Jesucristo se despidió de Nuestra Señora con toda aquella compañía de santos.

Consideremos cómo el divino Pastor, dejando á los Santos Padres, se fué á recoger el corto rebaño de sus ovejas que con la recia tempestad de su santísima pasión, habiendo tirado unas por una parte y otras por otra, todas estaban balando por su Pastor. Jesús ha resucitado: la evidencia de este milagro es la prueba más decisiva de todas las verdades de nuestra fe católica. ¡Oh Jesús que has triunfado de la muerte, tú eres nuestro Dios y nuestro Salvador! El sepulcro sellado y custodiado por los soldados romanos y tus enemigos, es el trofeo glorioso de tu victoria. Bajó del cielo un

angel del Señor, y llegándose al sepulcro, removió la piedra y sentóse encima. María Magdalena y Marta, madre de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús dentro del sepulcro. Se decía una á la otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Al llegar al sepulcro se encontraron que estaba quitada la piedra, y un angel les dijo: No tenéis que asustaros, vosotras venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó, no está aquí: mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id y decid á sus discipulos, que el Señor irá delante de vosotros á Galilea, donde le veréis, según que os tiene dicho. Fuera del santo sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, se les presentó nuestro Redentor á María Magdalena en figura de hortelano, y en la misma tarde del Domingo de la Resurrección, se aparece Jesús á los discipulos que estaban reunidos en el cenáculo. La admiración y la alegría los tenía fuera de sí y apenas daban crédito á lo que estaban viendo; pero esta misma incertidumbre solo sirve para hacer más in-

contestable la verdad del milagro. El divino Maestro no solo permite que le palpen su cuerpo sacratísimo, sino que comió con sus Apóstoles, aunque no tenía necesidad, para no dejar la menor duda de que no era un espíritu, sino un cuerpo real y verdadero, formado de carne y hueso. La paz sea con vosotros: tal es la salutación que dirige á los hombres en estos días el vencedor del infierno y de la muerte, el autor de la reconciliación universal. Reine entre todos la paz que el Salvador ha traído al mundo: la paz anunciada por los ángeles junto al establo de Belén: la paz con que saluda en el cenáculo á sus discípulos el Mesías resucitado.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

SEGUNDO MISTERIO GLORIOSO

La ascensión gloriosa de Jesucristo á los cielos.

Fruto de este Misterio: *El deseo del Cielo.*

Figurémonos estar presentes en el Monte Olivete.

A los cuarenta días de la resurrección

del Salvador, después de haber conversado muchas veces con su Santísima Madre y con sus discípulos, Nuestro Señor Jesucristo subió al monte Olivete y después de haber confortado á sus discípulos y consolándolos, les prometió la venida del Espíritu Santo, y dando su bendición á las ciento veinte personas que allí estaban, se elevó glorioso. Subió Nuestro Redentor sosegada y majestuosamente como para darles tiempo de disfrutar tan glorioso triunfo. Insensiblemente se fué alejando, y mientras ellos le seguían con la vista y le adoraban, una luminosa nube, poniéndose bajo sus divinos pies, lo ocultó enteramente.

La Santísima Virgen, los apóstoles y los discípulos todos, continuaban mirando al cielo, sin apartar sus ojos del camino por donde se les había ausentado el objeto de su amor; y era tal su enajenamiento, que para sacarles de él fué necesario que bajasen dos ángeles, y poniéndose á su lado, les dijeron: Varones de Galilea, ¿por qué estais mirando al cielo? Este Señor que habéis visto partir de vosotros, así volverá á venir

del mismo modo que ahora lo visteis subir al Cielo.

No olvidemos estas palabras de los dos santos ángeles. Procuremos considerar frecuentemente que este divino Salvador ha de venir al fin del mundo á juzgar y á dar á cada persona sentencia pública sobre su eterna felicidad ó desventura. Dos venidas del Hijo de Dios se anunciaban en el antiguo testamento. Una á redimir al mundo y otra á juzgarle. Es una verdad de fe que nuestro Señor Jesucristo ha de volver al fin del mundo á juzgar á los vivos y á los muertos; esto es, á los que vivirán al acabarse el mundo, y á los que hayan muerto al principio del mundo, ó antes que se acabe; según otros, á los que vivirán por la gracia y á los que estarán muertos por el pecado.

Habiendo desaparecido los ángeles, se volvieron á Jerusalén los Apóstoles y discípulos y pasando por la ciudad se fueron al cenáculo y subieron á la parte más alta de la casa, y juntos, unánimes y conformes, se pusieron en oración con María Santísima, con las mujeres y de-

más hermanas; y perseveraron en ella rogando y pidiendo el Espíritu Divino.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

TERCER MISTERIO GLORIOSO

La venida del Espíritu Santo.

Fruto de este Misterio: *Fidelidad á la gracia.*

La venida del Espíritu Santo nos revela la inmensa caridad de Dios para con los hombres.

A los diez días de la Ascensión del Señor, estando María Santísima presidiendo el Colegio sagrado, es decir, en medio de los Apóstoles, con fervorosa Oración, derrepente descendió el Espíritu Santo sobre las cabezas de los discípulos, bajando del Cielo, se posó primero, en forma de un haz luminoso sobre la cabeza de la Santísima Virgen, repartiéndose después en forma de lenguas de fuego sobre todas las demás que allí estaban congregadas, con un ruido como de una ráfaga de viento. No se puede explicar la sabiduría, la suavidad, el amor á

Dios, la claridad, el convencimiento y la fortaleza que ellos recibieron en sus almas y en sus potencias, porque siendo ellos antes tan tímidos, tan flacos, tan imperfectos y tan ignorantes, derrepente aparecieron llenos de todos los dones del Espíritu Santo.

Primer don de Sabiduría.

Segundo don de Entendimiento.

Tercer don de Consejo.

Cuarto don de Fortaleza.

Quinto don de Ciencia.

Sexto don de Piedad.

Séptimo don de Temor de Dios.

Siendo comprendidos en todos los idiomas del mundo, predicaron por las calles, plazas y caminos y montañas, y en un solo sermón que predicó San Pedro, se convirtieron tres mil almas, y en otro sermón cinco mil; por una gracia extraordinaria poseen el don de lenguas. creen hablar *en el rudo dialecto de Galilea*, y he aquí que todo el mundo los entiende, todos se hallan admirados y exclaman: ¿Cómo es esto que todos les oímos hablar al mismo tiempo cada cual en la lengua propia de nuestra Nación?

Era porque estaban santificados por el Espíritu Santo, que con tanta plenitud habían recibido; santificaron al mundo con su ejemplo y predicación.

Omnipotente y Eterno Dios, dadnos aquella gracia del Espíritu Santo que en el día de su venida disteis á los Apóstoles, y á la hora de la muerte recíbenos en el cielo.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

CUARTO MISTERIO GLORIOSO

La Asunción de la s'empre Virgen María.

Fruto de este Misterio: *Perseverancia en la gracia y una buena muerte.*

Consideremos que la muerte de la Santísima Virgen María fué extremadamente gloriosa, ora la consideremos por su desprendimiento completo de todo lo terreno, ora la meditemos por su viva esperanza de pasar al cielo, ora nos fijemos en el encendido amor que inflamaba su corazón.

Murió María Santísima rodeada de los Apóstoles, á excepcion de Santo Tomás, que por designio especial de Dios se hallaba ausente. Murió la Santísima Vir-

gen, no por enfermedad ni decrepitud de la carne sino por vehemencia de amor divino, después de haber conversado de este amor con aquellos atletas de la Fé y haberlos bendecido con el afecto maternal más tierno, su alma se despidió del cuerpo para seguir amando á Dios por siempre, sin pena ni dolor. Modelo de la vida en la muerte, fué siempre para nosotros la divina Señora y Madre nuestra.

Muere María y la Divinidad la resucita al tercer día y la sube á la gloria.

Ella fué la única que estuvo exceptuada de la corrupción de la carne. Consideremos que la Madre de Dios, resucitó al tercer día como Nuestro Salvador; y este prodigio se notó porque Santo Tomás que acababa de llegar, pide á los demás Apóstoles ver el cuerpo de la divina Madre del Salvador, ya que no ha tenido el consuelo de verla morir: cuando van á separar la losa, oyen cánticos misteriosos, cantos angélicos, llenos de celestial regocijo, abren y perciben exquisitos aromas que despide el sepulcro vacío, y caen en tierra mudos de sorpresa: la Reina de los Angeles y la Madre

de los hombres, acaba de subir al Cielo en cuerpo y alma, entre los vítores y aclamaciones de los ángeles y santos. Acompañada de su Santísimo Hijo Nuestro Señor Jesucristo que vino por ella.

Alegrémonos de las glorias de nuestra Reina y supliquémosle nos acompañe siempre y sobre todo á la hora de nuestra muerte.

Cristianos, oigamos los cánticos de la otra vida, como si también nosotros estuviéramos allá. Oremos por los difuntos. Por la mañana, por la tarde, siempre que nos dirijamos á Dios, digamos alguna palabra en favor de ellos. Que sea para ellos la mitad de nuestras limosnas y nuestras buenas obras. Pidamos su libertad cuando por medio de la Sagrada Comunión poseemos en nosotros al Omnipotente libertador. En la Santa Misa, cuando el Sacerdote manda á la sagrada sangre del Salvador que descienda al lugar sombrío en el que penan los difuntos, pidamos á Dios Nuestro Señor que aplique el fruto de su sacrificio por los que rogamos y á los que no tienen deudos, que se acuerden de

todos los difuntos para que sean llevados al Océano de la gloria eterna. María Reina del Santísimo Rosario, bajad al lugar de expiación de nuestros hermanos difuntos y apresurad su liberación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

QUINTO MISTERIO GLORIOSO

Coronación de María Santísima en el cielo como Reina.

Fruto de este Misterio: *Perseverancia en el servicio de Dios.*

Consideremos que después de la Asunción de María Santísima, fué coronada por la Santísima Trinidad, como reina de los ángeles y de los hombres en el cielo, y le debemos pedir nos defienda de nuestros enemigos y del pecado y que la alabemos en el cielo por una eternidad.

La proclama la Santísima Trinidad Reina de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes y de todos los Santos.

Regina Angelorum: Ella es Reina de

los Angeles, no por derecho de naturaleza, sino por gracia. Ella tuvo el privilegio insigne de poseer la más grande pureza y el de dar á luz al *Rey de las celestiales gerarquías.*

Regina Patriarcharum: Ella es Reina de los Patriarcas, pues por ella obtuvieron la realización de su esperanza; por el fruto de su casto seno, fueron fortalecidos en sus piadosos deseos y libertados de los lugares sombríos en donde esperaban la gracia y la felicidad.

Regina Prophetarum: Ella es la Reina de los Profetas y Profetisa á la vez, porque ella dió al mundo la realidad prometida, el Mesías formado de su sangre y de su carne virginal y al que los inspirados del Señor habían de antemano retratado tan fielmente en sus oráculos.

Regina Apostolorum: Ella es la Reina de los Apóstoles, porque ella por medio de sus oraciones les alcanzó con el Espíritu Santo el don de la pa-

labra, porque ella con su dulce y meritoria influencia, les precedía en las almas que ellos convertían á Dios.

Regina Martyrum: Ella es la Reina de los Mártires. ¿No estuvo asociada á los padecimientos de su Hijo? ¿No padeció ella en su corazón de Madre, más que todos los héroes de la fe en sus cuerpos?

Regina Confessorum: Ella es Reina de los Confesores, porque su vida perfecta fué el ejemplo de las virtudes sublimes que ellos practicaron y por las cuales merecieron la gloria eterna.

Regina Virginum: Ella es la Reina de las Vírgenes, porque excede á todas en pureza y porque posee con el honor de la virginidad lo que la naturaleza no permite poseer á las personas vírgenes: las alegrías de la maternidad.

Regina Sanctorum omnium: Ella es, finalmente, la Reina de todos los Santos, porque todos son deudores á su altísima intercesión, de la gracia, de

la perseverancia que les abrió las puertas del cielo.

¡Oh Reina admirable! ¿En qué sitio de vuestra corte celestial seremos algún día colocados? No lo sabemos; es el secreto de Dios. Mientras esperamos la muerte, hénos aquí, tristes y llorosos en este valle de lágrimas. Pero el centro de nuestros corazones es vuestro. Gobernad ¡oh Reina! á vuestros infortunados vasallos. En vuestro dulce y misericordioso poder, que nos protege y conduce, ponemos nuestra esperanza.

Nada podrán los enemigos de nuestra salvacion, si vos nos cubriis con vuestro manto real. Nuestros pasos inseguros no saldrán del camino del cielo, si vos los dirigís. Escuchad, pues, las súplicas que os dirige la humanidad cristiana desde el fondo de su destierro.

¡Oh Santa Madre de Dios! en vuestra protección buscamos refugio, no desprecies las súplicas que en nues-

tras necesidades y angustias os dirigimos, antes bien libradnos siempre de todos los peligros ¡oh Virgen gloriosa y bienaventurada!

¡Reina de los cristianos! dignaos dirigir y santificar desde ahora para siempre nuestros corazones y sentidos, según la ley de Dios y según las obras de sus santos mandamientos, á fin de que en este valle de lágrimas, podamos merecer con vuestra protección, nuestra salvación eterna.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

OFRECIMIENTO.

Virgen gloriosísima, humildemente os ofrecemos esta parte de los misterios gloriosos de vuestro Santísimo Rosario, alcanzadnos de vuestro Hijo la exaltación de la fe católica, la conversión de infieles y pecadores, paz entre los príncipes cristianos, alivio

á las almas del Purgatorio, dolor grande de nuestras culpas y una confesión bien hecha, para vivir y morir en gracia de Dios y gozarle eternamente en la Gloria. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias, Letania, Salve, Antifona, si se réza sólo esta tercera parte como en la primera y segunda parte.

Octubre 1° de 1895.





UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX
07
c.

48

.01